

"La conexión Borges/Bolaño: una lectura económica".

Introducción.

El propósito de este análisis consiste en proponer una lectura de *El Gaucho Insufrible* identificando algunos objetos claves que entran en relación con los personajes y el narrador - en este caso, el cuchillo - para develar tanto la estructura social y económica representada en el texto como los nexos que establecen con otros relatos de la literatura latinoamericana. Creemos que la economía "normalizada", fundada en las reglas que regulan las sociedades de mercado, sufre la irrupción en el relato de otras economías, alternas, marginales, que se manifiesta en ciertos personajes y las relaciones que establece, por ejemplo, con sus objetos cotidianos.

Literatura y Sociedad.

En su estudio *El hombre, ese fantasma: el yo como otredad en la narrativa de Roberto Bolaño*, Patricia Poblete caracteriza algunos personajes claves, reiterativos en la obra narrativa de Bolaño, con miras a levantar una "tipología común" que tiene como elementos centrales la fascinación por la maldad y la condición fantasmal de los personajes, que se traduce en un comportamiento fundamental: la búsqueda o huida¹; a estas características, Figueroa por su parte, identifica en el carácter marginal de algunos de estos personajes una forma de *exilio interior*, la búsqueda de una subjetividad alternativa a la normalización ejercida por el poder patriarcal o estatal², que ejemplifica con su análisis de *El gaucho insufrible* (Figueroa: 2008). De estos antecedentes quisiéramos desprender nuestra lectura.

Si consideramos a la sociedad como una red de relatos, y al Estado como el gran narrador que centraliza y ordena la trama social³, uno de sus relatos fundamentales

¹ "Lo que buscan estos personajes en última instancia no es tanto una explicación del mundo ni una justificación de su orden, sino una significación que oriente sus vidas. Lo que los impulsa, pues, no es un reconocimiento del otro, sino de sí mismos".

² Para una reflexión más extensa sobre el concepto de exilio interior, véase Lihn: 1997.

³ La cita es de Piglia: "La sociedad vista como una trama de relatos, un conjunto de historias y de ficciones que circulan entre la gente. Hay un circuito personal, privado, de la narración. Y hay una voz pública, un movimiento social del relato. El Estado centraliza esas historias; el Estado narra. Cuando se

por medio de los cuales se fija y se perpetúa el poder es el de su economía, es decir, la “producción, distribución y consumo de bienes materiales: herramientas, instrumentos de música, libros, templos, etc.” y las historias de enriquecimiento y empobrecimiento que se configuran en torno a estas actividades, orientando la vida de los individuos y la colectividad.

En el caso de algunos relatos de Bolaño - en especial Los Detectives Salvajes - varios de los personajes buscan establecer una posición alternativa al relato estatal, que en muchos casos se constituyen en *economías marginales*, críticas y transgresoras respecto a los principios que lo regulan, aunque en otros casos este ánimo de marginalidad resulta fallido.

Para el caso del relato que nos ocupa - *El Gaucho Insufrible*, publicado en Argentina en 2001 - podemos identificar algunas características del contexto social - post-dictatorial, democrático, neoliberal, es decir, *sociedad de mercado* - en donde se desarrolla la historia como referencia para nuestro posterior análisis, aun a riesgo de incurrir en incorrecciones y simplificaciones excesivas,

En términos simples, llamamos *neoliberalismo* a la teoría que descansa sobre el supuesto de que el bienestar de la humanidad puede ser obtenido mediante una serie de prácticas político-económicas entre las que se destacan “la maximización de las libertades empresariales, [los] derechos de propiedad privada, libertad individual, mercados sin trabas, y libre comercio” (Harvey: 2007). Agruparemos las distintas versiones sociales que se rigen por este marco regulatorio bajo el concepto de *sociedades de mercado*⁴.

Seguimos a Perroux cuando define *mercado* como una “red de cambios libres”; en una sociedad de mercado, la actividad económica fundamental es el *cambio*, no sólo de objetos y mercancías, sino que también de símbolos, de servicios, de informaciones; idealmente, todos quienes integran este sistema social devienen en *comerciantes*, con lo que la relación económica de cambio (cliente-proveedor) progresivamente define o reemplaza al resto de las relaciones interpersonales. Cada

ejerce el poder político se esta siempre imponiendo una manera de contar la realidad”.

⁴ Para un reflexión más detallada del contexto económico-político en que se desarrolla la obra de Bolaño, consúltese Morales: 2008.

uno de sus integrantes se moverá luego impulsado por su *beneficio personal*, que se traduce de forma inmediata con la acumulación de *riqueza* (Perroux: 1964).

Benjamin Franklin, indistintamente hombre de estado, de ciencia y de empresa, enunciará en los albores del mercado moderno una máxima que nos permite dar cuenta de dos de sus principios fundantes: “El camino hacia la riqueza depende fundamentalmente de dos palabras: trabajo y ahorro”; estos pilares, la productividad y la acumulación, funcionan como leyes económicas y como fundamentos morales que regulan la vida social, como se verá posteriormente.

La cita de Franklin parece dialogar con *Los trabajos y los días* de Hesiodo, en el contexto de las economías agrarias que sostenían el funcionamiento de las sociedades griegas arcaicas: “Si en tu corazón el deseo te hace aspirar a la riqueza, actúa así y obra trabajo tras trabajo”. Entenderemos por *trabajo* “la acción creadora de toda producción, el *sine qua non* para transformar lo que ofrecía la naturaleza en lo que el hombre necesita en realidad” (Dobb: 1932. P. 24). Marx identificaba este concepto de trabajo “en su sentido objetivo -el gasto de energía humana de músculos y nervios”- como la base para calcular el valor de cambio que adquieren los objetos de la producción destinados al consumo, o *mercancías* (Dobb: op. Cit. P.39). Deleuze agregará al concepto una dimensión a nuestro juicio fundamental: el trabajo es sobre todo “captura de la actividad por el aparato de Estado”⁵, proceso de sobrecodificación y de normalización de las experiencias, agenciado al objeto técnico en la forma de *herramienta* (Deleuze).

Volviendo a Hesiodo, el trabajo es una forma de producir no sólo bienes materiales, mercancías, objetos, sino que, también, fama y honra, y por supuesto, ganancia monetaria: “La valía y la estimación van unidas al dinero“ (Hesiodo: 1882). No debemos olvidar que una parece ser la ley fundamental de la economía de mercado: “nada puede ser obtenido gratuitamente (*Nothing for nothing*)” (Perroux: 1964). El dinero, y la preocupación por obtenerlo, se transforma así en el objetivo fundamental de la actividad humana. Será necesario sin embargo prestar atención a los medios que

⁵ El trabajo es movimiento grávido, empleado linealmente, de un punto a otro, fuerza que "actúa sobre el exterior, se consume o se gasta en su efecto, y debe ser renovada entre un instante y otro" (Deleuze: 1987)

se emplean para obtener dinero, ya que, tal como advierte el mismo Hesiodo, “las malas ganancias son como calamidades”.

Por otra parte, el *ahorro* se vincula con el deseo ya no de explotar sino de acumular la materia, de poseer un espacio, de aumentar un volumen, de consolidar un estado: “procúrate casa, mujer y buey de labor [y] todos los utensilios necesarios”. (Hesiodo: op cit). La enumeración no es incongruente, considerando que, especialmente en el contexto de la moderna sociedad burguesa, la propiedad privada de los objetos posibilita la consolidación de la intimidad domestica. Tal como lo sugiere Baudrillard, la subjetividad que nace en el seno de la familia burguesa se sostiene por los vínculos y cuidados que entregamos a un mundo individualizado, personalizado, de objetos o bienes domésticos: “los muebles y los objetos tienen como función, en primer lugar, personificar las relaciones humanas, poblar el espacio que comparten y poseer un alma” (Baudrillard: 1969). En este sentido, lo que entendemos comúnmente por *sujeto* se constituye luego en función de sus *pertenencias*, de aquello que le pertenece y a lo cual también pertenece: patrimonio, herencia, legado familiar, tanto material como inmaterial⁶.

Un gaucho insufrible.

Teniendo estos antecedentes en consideración, podemos ensayar una lectura del relato de Bolaño, enfocándonos en algunos elementos que caracterizarían algunos aspectos económicos relevantes en la obra, y especialmente aquellos que entran en dialogo con otras obras “nodales” de la literatura latinoamericana⁷. Elegimos una de ellas - tal vez la más explícita - *El Sur*, de Jorge Luis Borges, para tratar de evidenciar como el cuento de Bolaño transforma hiperbólicamente al relato de Borges, ocultando en el procedimiento una crítica económica y política en clave de humor:

⁶ Sobre este punto, no deja de parecernos sugerente el vínculo que Merish establece entre ciertas figuras femeninas esenciales al orden burgués - madres, esposas, dueñas de casa - y un *materialismo sentimental* que actuaría suministrando "una justificación emocional y sentimental, así como racional y económica, a la propiedad privada", puesto que "la protección de los 'activos económicos' es parte tanto del derecho al interés personal y a la generación de ganancias como del imperativo de disfrutar de las pertenencias íntimas y de la seguridad que brinda lo propietario", concluyendo que "la implicación emocional de las personas con el mundo de sus objetos ha permitido hacer habitable el capitalismo".

⁷ En este sentido, nos apoyamos en el estudio de Gustavo Favaron *El rehacedor: el gaucho insufrible y el ingreso de bolaño en la tradición argentina*, donde identifica como influencia u “origen” del texto relatos de Borges, Cortázar, Dabove, Di Benedetto, Wilcock y Fresan. (Paz y Favaron: 2008)

Partiremos señalando un ejemplo de esto en la visión que Dalhman y Pereda comparten de la pampa, durante su trayecto en tren hacia las tierras incivilizadas del sur, sintetizada en una oposición. “En el campo desaforado - nos cuenta el narrador en Borges - a veces no había otra cosa que un toro”, concentrando tal vez en esta imagen tanto al sustento de una economía agrícola, primitiva pero poderosa, como a los caudillos que la conducían. “En el desierto - nos cuenta el narrador en Bolaño - vio a un conejo que parecía echarle una carrera al tren. Detrás del primer conejo corrían cinco conejos“. La sustitución del toro por la jauría de conejos asesinos, nos remite tanto a la pauperización de la economía como a la proliferación que carcome el sistema democrático neoliberal, y se repite durante el resto del relato:

“Don Dulce le dijo a su gaucho que le mostrara [a Pereda] una de sus trampas, que era un híbrido entre una pajarera y una trampa de ratones. En el jeep, de todas formas, nunca vio ningún conejo, sólo las pieles, pues el gaucho se encargaba de desollarlos en el mismo lugar donde dejaba las trampas. Cuando se despedían, Pereda siempre pensaba que el oficio de don Dulce no engrandecía a la patria sino que la achicaba. ¿A qué gaucho de verdad se le puede ocurrir vivir de cazar conejos?, pensaba“.

La causa de esta sustitución la encontramos en otro episodio clave, que además nos permite distinguir otro paralelo entre los textos de Borges y Bolaño, en la oposición entre el criollismo “algo voluntario, pero nunca ostentoso” de Dalhman, fomentado en parte por sus objetos cotidianos así como por sus lecturas - “Un estuche con el daguerrotipo de un hombre inexpresivo y barbado, una vieja espada, la dicha y el coraje de ciertas músicas, el hábito de estrofas del Martín Fierro“- y el criollismo insufrible de Pereda que, contrariamente a lo que esperaríamos de una subjetividad marginal, gira en torno al delirio de la patria, hegemónico y sin duda agresivo, en constante guerra contra las ficciones alternativas que intentan circular a su alrededor. Transcribimos el episodio para su mayor comprensión:

“Una noche, harto de oír a aquellos viejos soltar frases deshilachadas sobre hospitales psiquiátricos y barrios miserables donde los padres dejaban sin leche a sus hijos por seguir a su equipo en desplazamientos legendarios, les preguntó qué opinión tenían sobre la política. Los gauchos, al principio, se mostraron renuentes a hablar de política, pero, tras animarlos, al final resultó que todos ellos, de una forma o de otra, añoraban al general Perón.

Hasta aquí podemos llegar, dijo Pereda, y sacó su cuchillo. Durante unos segundos pensó que los gauchos harían lo mismo y que aquella noche se iba a cifrar su destino, pero los viejos retrocedieron temerosos y le preguntaron, por Dios, qué le pasaba, qué le habían hecho ellos, qué mosca le había picado. La luz de la fogata concedía a sus rostros un aspecto atigrado, pero Pereda, temblando con el cuchillo en la mano, pensó que la culpa argentina o la culpa latinoamericana los había transformado en gatos. Por eso en vez de vacas hay conejos, se dijo a sí mismo mientras se daba la vuelta y se

dirigía a su habitación.

No los carneo aquí mismo porque me dan pena, les gritó“.

La noción de familia como fundamento social y núcleo económico es prácticamente inviolable dentro del discurso de Pereda, y en esto podemos establecer una diferencia sustantiva entre ambos textos: si Dahlman es un nietos de inmigrantes, Pereda es viudo de una judía y padre de familia. Dalhman está solo, o en el mejor de los casos, mantiene una relación utilitaria con una “mujer que le abre la puerta” y de la cual no volveremos a saber; hiperbólicamente, el relato de Bolaño está plagado de figuras femeninas, con varias de las cuales mantiene relaciones reificadas, determinadas por el orden doméstico: esposa, madre, hija, criada, concubina. Incluso en la pampa, la organización de la vida doméstica no puede prosperar sin la presencia de la mujer:

“Pocos días después llegó la polleruda de la estancia del oeste y Álamo Negro empezó a progresar, empezando por la comida, pues la mujer sabía cómo cocinar de diez maneras diferentes un conejo, dónde encontrar especias, cuál era la técnica para hacer un huerto y así tener verduras y hortalizas“.

Finalmente, la relación de Dalhman y Pereda con sus pertenencias nos da luces de una diferencia fundamental. A costa de algunas privaciones, Dalhmann había “logrado salvar el casco de una estancia en el Sur”, a la cual viaja para convalecer de una septicemia que lo tuvo al borde de la muerte; Pereda abandona su hogar (la foto de la señora Hirschamn, el piano donde tocaba su hija, su biblioteca, su casa) y se va a la estancia “porque Buenos Aires se pudre“. No podemos pasar por alto el hecho de que este abandono implica una marginación parcial del personaje respecto a la subjetividad dominante, si consideramos que el desplazamiento que realiza Pereda es un viaje de retorno a las tierras del padre - a la patria - y un intento por transformar “una casa sin centro, un árbol enorme y amenazador y un granero donde se movían sombras que tal vez fueran ratas” en un nuevo hogar para la familia. Más aun, Pereda no abandona sus pertenencias sino que las vende para financiar sus nuevas actividades comerciales - la compra de diversos materiales, de animales, el sueldo del peonaje - manteniéndose siempre dentro de los límites del contexto político y económico del cual eventualmente buscaría marginarse, la sociedad de mercado. Más aún, el narrador nos indica que, al parecer, Pereda ha pasado de ser un abogado honesto a transformarse en empresario, por decir lo menos, ambiguo:

“La mujer no hablaba mucho pero sin duda trabajaba más que los seis gauchos que para

entonces Pereda tenía en nómina, lo cual es un decir, pues a menudo se pasaba meses sin pagarles“.

Consideraciones Finales: las armas y los libros.

A pesar del carácter marginal que marca el trayecto de Pereda en el relato, su caso nos recuerda a un personaje similar en *Los detectives salvajes*, el arquitecto Joaquín Font; ambos se caracterizarían por un intento fallido de subjetivación marginal que se evidencia en la reelaboración fracasada de las relaciones que establecen con sus pertenencias, tal como lo señala María Font: “La relación de mi padre con sus posesiones, su casa, su coche, sus libros de arte, su cuenta corriente siempre fue, por lo menos, distante, por lo menos, ambigua. Parecía como si mi padre siempre se estuviera desnudando, siempre quitándose cosas de encima, de buen o de mal grado, pero con tanta mala suerte (o con tanta lentitud) que nunca podía alcanzar la ansiada desnudez. Y eso, como es fácil de comprender, terminaba desquiciándolo“.

Sin embargo, un objeto fundamental que une ambos relatos - el cuchillo - nos entrega una última distinción que permitirá avanzar otras alternativas de lectura. Para Dalhman, más que un arma, el cuchillo es una herramienta, incluso una diversión: “Alguna vez había jugado con un puñal, como todos los hombres, pero su esgrima no pasaba de una noción de que los golpes deben ir hacia arriba y con el filo para adentro”; en su mano torpe, el cuchillo sólo servirá como un justificativo para matarlo. Igual ocurre con otro relato íntimamente relacionado, *Ser Polvo*, de Santiago Dabove, en donde el cuchillo -en este caso, un cortaplumas - sirve al protagonista a modo de pala improvisada para cavar su propia tumba. Por el contrario, hay un cierto deseo homicida en el discurso de Pereda, sin duda reprimido dentro de los márgenes de la normalidad burguesa, pero que asoma continuamente en el relato: “Ciertas noches, sobre todo cuando aparecían por allí gauchos provenientes de otras zonas o viajantes de comercio despistados, le entraban unas ganas enormes de armar una pelea. Nada serio, un visteo, pero no con palitos tiznados sino con navajas“. El deseo se materializa parcialmente a su regreso a Buenos Aires, cuando efectivamente apuñala, aunque “sólo un poco” al escritor cocainómano que lo había “afrentado“.

Creemos que la inversión o transgresión de los principios económico-morales que organizan u ordenan a la sociedad bajo el régimen de libre mercado - trabajar, acumular, comprar, vender - articularían formas alternativas de economía, que a falta

de mejor nombre, llamaremos provisoriamente *economías marginales*.

Si para Hesiodo el trabajo dignifica y la inactividad “es una deshonra”, el ejercicio mismo de la literatura funcionaría, en un primer momento, como transgresión directa a este principio, tal como lo señala Piglia respecto al autor de *Los siete locos*: “Para Arlt el trabajo sólo produce miseria y esa es la verdad última de la sociedad. Los hombres que viven de un sueldo no tienen nada que contar, salvo el dinero que ganan. No hay ficción posible en el mundo del trabajo para Arlt“. De ahí que sus personajes - y del mismo modo, muchos de los personajes en los relatos de Bolaño - centren su preocupación no en *ganar* dinero sino más bien en *conseguirlo*: la estafa, el tráfico, el plagio, el robo, son todas ocupaciones que acompañan la escritura, especialmente la de los hombres infames, la de quienes evitan transformarse en escritores oficiales. Podríamos pensar entonces en un *economía de las armas*, de la acción libre, no restringida ni sujeta al régimen de un Estado o a la voz de un padre, sino que alimentada en sí misma, pura manifestación “de la fuerza en el espacio”, como una de las alternativas que los textos de Bolaño proponen al discurso neoliberal.

A la exigencia de no trabajar, se sumaría otra, la de no acumular. El desarraigo de los personajes marginales en los relatos de Bolaño se acompañaría entre otras cosas por una dispersión de sus bienes y con ello por la pérdida de los vínculos, familiares, sociales, políticos, aunque también por la ganancia: una nueva disponibilidad de sentidos, una multiplicidad de contactos, una posibilidad de experiencias. Podríamos llamar a esto *economía de los libros*, de la cita, de la red, de la lectura en voz alta entre amigos, de la biblioteca sin centro hacia el cual confluyen los recursos, y en ese sentido, economía del don, del regalo, de lo gratuito, aún cuando es necesario profundizar sobre este tema⁸. El caso ejemplar sería el de los detectives salvajes, Ulises Lima y Arturo Belano, poetas, traficantes, asesinos.

Lo que nos lleva a un último punto, de ninguna forma a manera de conclusión: algo

⁸ Pensamos en una economía de las armas y los libros de la lectura del Quijote de Cervantes, y de un curioso hecho consignado en la Historia de Chile de Villalobos, que aconteció durante los primeros momentos de la emancipación colonial: "Mediante un decreto expedido en febrero de 1811, se declaró abiertos al tráfico de naves amigas y neutrales los puertos de Valdivia, Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo. Quedó autorizado el ingreso de cualquier tipo de mercadería, excepto ron, cerveza, vino, aguardientes y sombreros; [se liberó de impuestos] por un año y medio a los libros, planos, cartas geográficas, sables, pistolas, espadas, fusiles, cañones, pólvora, balas y demás pertrechos de guerra".

ocurre con los objetos en el mundo que acordamos en llamar Latinoamérica. Parecen indicar, como una sospecha, el vacío, o el advenimiento del desastre: “Probablemente las noches europeas fueran oscuras como bocas de lobo, no las noches americanas, que más bien eran oscuras como el vacío, un sitio sin agarraderos, un lugar aéreo, pura intemperie“.

Tal vez Latinoamérica sea la inversión de aquellos versos de Quevedo, donde nos cuenta que el dinero “Nace en las Indias honrado,/Donde el mundo le acompaña;/Viene a morir en España,/Y es en Génova enterrado“. Lo dice Bolaño:

“Todo lo escondemos. No sólo los tesoros que cíclicamente sustraerá Pizarro, sino las cosas más inútiles, las baratijas, hilos sueltos, cartas, botones, que enterramos en sitios que luego se borran de nuestra memoria, pues nuestra memoria es débil. Nos gusta, sin embargo, guardar, atesorar, ahorrar. Si pudiéramos, nos ahorraríamos a nosotros mismos para épocas mejores“.

Bibliografía:

- Bolaño: R. (2005): **El gaucho insufrible**. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Borges, J. (1971): **Ficciones**. Barcelona, Alianza Editorial.
- Figueroa, J. (2008): **Exilio interior y subjetividad pos-estatal**: “El gaucho insufrible” de Roberto Bolaño. En Revista Chilena de Literatura, Abril 2008, Número 72, 149-161
- Foucault, M. (1994): **De lenguaje y literatura**. Barcelona, Ediciones Paidós.
- Hesiodo (2000): **Obras y fragmentos**. Madrid, Editorial Gredos.
- Godelier, M. (1967): **Racionalidad e irracionalidad en economía**. México, Siglo XXI editores.
- Paz, E.; Favaron, G. (comp.) (2008): **Bolaño Salvaje**. Barcelona, Editorial Candaya,
- Perroux, F. (1962): **Economía y Sociedad**. Barcelona, Ediciones Ariel.
- Piglia, R. (2001): **Crítica y ficción**. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Poblete, P. (2004): **El hombre, ese fantasma: el yo como otredad en la narrativa de Roberto Bolaño**. En *Universum*, 2004, vol.19, no.2, p.186-197.
- Morales, L: (2008): Roberto Bolaño: Las lagrimas son el lugar de la esperanza. En *Atenea* (Concepc.), 2008, no.497, p.51-77.